

ADMINISTRACION: PRADO DE SAN SEBASTIAN. SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS: VELAZQUEZ, 12. SEVILLA. APARTADO 49. SUSCRIPCION MENSUAL: PTAS. 10. ID. PROVINCIA, EL TRIMESTRE: PTAS. 30. ID. ID. SEMESTRE: 60. ID. ID. AÑO: 120.

Viajar de Cali a Manizales es pasar de la voluptuosidad a la energía, de lo lírico a lo épico.

# CALI Y MANIZALES

Cali es la dulzura. A Cali, como a Sevilla, se la huele antes de llegar; es una ciudad que perfuma. Y así como Sevilla es la novia de España, Cali es la amada de Colombia. A Cali se la permite todo. Todo lo de ella tiene gracia; se la disculpa, se la piropea:

"Es tan linda, tan bonita."

Salimos del aeródromo entre tulipanes y acacias, "guásimos" y ceibos.

Nos alojamos en un hotel, de nombre romántico: "El Alférez Real". Sobre este alférez corre una dulce leyenda de amor, como la de aquel virrey de Colombia que se hizo fraile.

Desde mi cuarto se oye al río haciendo espuma bajo el puente de hierro.

El valle del Cauca es uno de los más hermosos paisajes que he contemplado. Un valle riante, florido; una primavera fija, quieta, como una muchacha a la que se le ha retenido por la falda.

Nos acompañan las nietas, bellísimas, del gran poeta Guillermo Garrido. Tomamos unos helados frente a San Francisco, con su torre mudéjar.

—Le llamamos—me dice una de las muchachas—la torre del moro.

Rezamos ante la "Cimarrona", la Virgen colombiana de la Merced, en su ermita, donde se dijo la primera misa del valle del Cauca, y luego subimos hasta San Antonio, con sus mulatas vendiendo tamales a la entrada y unas palomas que vuelan en el interior, como la del Espíritu Santo, alrededor de la bóveda.

Por aquí entró Belalcázar, El Fundador. Se le ve, de bronce, en la ladera de esta pequeña montaña, desde la cual se abarca a todo Cali; señala hacia la ciudad con su verdoso dedo de color de armadura.

La noche es tibia, caliente; brillan en la ladera las lucecillas del pueblo de "Siloé", que por su parecido con un "Nacimiento", se le llama aquí "El Pesebre".

En lo alto del monte, encendidas, se ven tres cruces. Las pusieron aquí porque una vez llegaron a Cali noticias de que el demonio, que venía de España (¿en qué roja carabela, con velas de luto?), iba a desembarcar.

Hemos recitado en el teatro Municipal. De noche, Cali baila en la calle; barrios como constelaciones, como jardines, con luciérnagas. Luces de todos los colores. Suenan "tipples", "vitrolas"; negras de blanco y mulatas vestidas de limón, cromos atrevidos de muchachas, y "bambucos", "bote", "porros", "colombianas". Y también "guajiras", "rumbas" y "merengues". Todo el Caribe musical bajo la noche perfumada.

En Manizales, no; Manizales es lo contra-

rio. En una hora de vuelo hemos subido a este nido de cóndores. Manizales es la voluntad. Sus habitantes son de origen vasco.

Por aquí pasaban, hace sesenta años, los comerciantes de Antioquía. Aquí acampaban; los arrieros llamaron al sitio Manizales porque así se denominan en Colombia los pequeños guijarros que aquí abundan; dijeron: "Aquí haremos una ciudad." Serraron el monte y la edificaron. Desde el aeródromo empezamos a subir. Se despeña, gritando, como un ser humano que va a suicidarse, el río "Chinchina". Vacas entre las manchas de los cafetales; es decir: paisaje de desayuno café con leche. Una especie de posada de montaña. Unos hombres de campo, con anchos sombreros de "jipi", mezclan el ron con la leche recién ordeñada. Llegamos a la ciudad. El hotel de Manizales lleva un nombre adecuado a su austeridad pétreo: "El Escorial".

Es asombroso ver a los "taxis", a los au-

tomóviles, entrar en "cines" y teatros, en un pico afilado de Los Andes.

—En Manizales—

me dice su simpático gobernador, Jaramillo—, para construir una casa, lo primero que hay que hacer es el solar.

Y hay empresas que se dedican a la fabricación de solares, rellenando hondonadas, cortando rocas, terraplenando, nivelando.

—¿Ve usted esta casa de diez pisos?—me dicen—, pues cuando yo era niño era una ciénaga, y en ella se ahogó un compañero mío.

Si embargo, la ciudad no ha podido borrar la cresta de la montaña. Así, hay calles centrales y otras laterales que caen y se desparan, siguiendo las laderas.

—En esas casas, las camas sólo deberían tener dos patas y los "autos", dos ruedas, las delanteras.

Comemos en el Club Taurino. Con Arturo Zapata, con Jaramillo, con Gilberto Alzate, con Fernando Londoño, con Jaramillo Mejías, director de "La Patria".

En las paredes, carteles de viejas corridas españolas, de tardes lejanísimas, con un enternecedor "Si el tiempo no lo impide", que las mantiene un poco vivas. Desde las paredes nos miran, alucinantes, calaveras de toros, con bombillas verdes en las cuencas de sus ojos.

Y hemos recitado en el teatro "Cumanday", que toma su nombre de un cacique indio de estas regiones.

El club está oscuro. Hablamos de los extraños nombres bíblicos de la región. Estamos rodeados de pueblos y ciudades que se llaman: Antioquía, Palmira, Circasia, Siloé (como el lugar de la piscina que agitaba el ángel), Palestina, Belén y Jericó.

—Estos nombres y esta corva nariz que poseemos—bromea uno—indican que nuestros antepasados encendieron el candelabro de los siete brazos.

—No—interrumpe vivamente Alzate—; la explicación es otra. Hace setenta años, este país era inaccesible. Nuestros abuelos, vascos (de ahí nuestra gran nariz), vivieron aislados. No tenían más libros para las lentas noches de invierno que el Antiguo y el Nuevo Testamento. Por eso pusieron estos nombres a las ciudades que fundaron.

Con una lluvia fría, partimos. Tenemos que ir a otro aeródromo, descolgándonos por una carretera gredosa y resbaladiza.

Torrentes y precipicios. El avión empieza a rodar.

Mientras la dulce Cali se seste, sonriente, en su hamaca a orillas del Cauca, allí, en la niebla, queda Manizales, como un jinete horcajadado sobre la cordillera.

## EL DIA DE LA ASUNCION

Celebró ayer la Iglesia la elevación por Dios de la Virgen Santísima en su propia carne desde la tierra a los Cielos.

La vieja dedicación tiene honda raíz-gambré en los fastos de la Iglesia Católica desde el primer templo asuncionista que se le consagró entre los olivos del Getsemani, en Jerusalén.

El Misterio quedó inmortalizado por los pinceles de los grandes maestros, como Rafael, Andrea del Sarto y Valdés Leal.

Los españoles le consagraron una de las bellas ciudades de su Imperio en las Indias Occidentales, al erigir Juan de Ayolas, a orillas del Paraguay, la capital de Asunción, precisamente el 15 de agosto de 1536, festejando a la Madre de Dios.

Y ayer nuestra Patria toda celebró devotamente su jornada mariana; una jornada que puso de relieve la fe católica del pueblo español y en la que Sevilla alzó su tradicional amor a María Santísima en gozosa paz y sobre un mundo turbulento. Las ciudades y villas cámparas elevaron sus preces a Nuestra Señora bajo distintas advocaciones, tras de recoger mieses abundantes en una cosecha que la Divina Providencia bendijo largamente después de años calamitosos en los que nuestros campos, asolados por sequías e inundaciones, fueron estériles.

Por doquier la España mariana, en ese día asuncionista, vivió ayer horas devotas y fervorosas.

La fiesta hubo en 1950 especialísimo significado, ya que Su Santidad el Papa acaba de convocar un Consistorio secreto, que habrá lugar el 29 de octubre próximo, a fin de proclamar—el primero de noviembre—el dogma de la Asunción de la Virgen María.

AGUSTIN DE FOXA  
Conde de FOXA